



FUEGO CRUZADO
(Crossfire)

Miyuki Miyabe

Traducción:
Purificación Meseguer



QUATERNI

Título original: CROSSFIRE
Copyright © 1998, Miyuki Miyabe
All rights reserved

Copyright © 2011 Quaterni de la edición en lengua española para todo el mundo
Traducción de la edición en lengua inglesa:
Crossfire. English translation copyright © 2005 by Deborah Stuhr Iwabuchi and
Anna Husson Isozaki

Traducción: Purificación Meseguer Cutillas

© Quaterni es un sello y marca comercial registrado

FUEGO CRUZADO (*Crossfire*). Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright.

ISBN: 978-84-937770-3-6
EAN: 9788493777036

QUATERNI
Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6
28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid
Teléfono: +34 91 677 57 22
Fax: +34 91 677 57 22
Correo electrónico: info@quaterni.es
Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.
Diseño de colección: Quaterni
Diseño de cubierta: Juliana Raigosa Montoya
Imágenes © Shutterstock
Maquetación: Grupo RC
Impresión: Gráficas Deva, S.L.
Depósito Legal: M-
Impreso en España

15 14 13 12 11 (03)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro



En su sueño, aparecía aquella fábrica abandonada. El techo, frío y oxidado; los tubos metálicos, corroídos y esparcidos por el suelo. Un espacio cavernoso, descuidado y sucio, atestado de máquinas que seguían intrincadamente acopladas por una cinta transportadora de color metálico. Un escenario estático donde reinaba el silencio.

En algún lugar, el agua caía en un goteo continuo. Aquel monótono sonido provocaba un efecto soporífero dentro del propio sueño. Se asemejaba al débil pulso de un moribundo, la fatídica señal de una muerte inminente. El agua formaba un pequeño charco en el suelo desnudo. Al acercarse, reparó en la superficie, que se alteraba, como si el líquido elemento se estremeciese ante la sombra humana.

El agua estaba fría. Era de color negro, como la noche. Su consistencia viscosa y pegajosa la hacía parecer petróleo. Cuando quiso recogerla, se coaguló, creando un segundo charquito en el hueco de sus manos. Las tuberías del techo se reflejaban en su oscura superficie.

Fría. Era refrescante, podía sentirlo aunque no fuera más que un sueño. Le gustaba la sensación de deslizar el diminuto charco de agua negra sobre sus manos.

Entonces, el líquido empezó a absorber su calor corporal y a entibiarse. Podía percibir perfectamente el fenómeno. Entreabrió los dedos para que el fluido se escapara entre ellos. De repente, sintió la palma de la mano muy caliente. Bajó la mirada y vio que la atezada solución ardía. La llama parecía tener vida propia: alzaba la cabeza,

como si quisiera hacerle frente. Y, de inmediato, con un sonido sibilante, saltó hacia su manga y le ascendió rápidamente por el brazo...

Se despertó. Se encontraba despejada, como si el hilo de su sueño quedara limpiamente cortado. La luz de la mesita de noche revelaba el techo blanco de la habitación.

Junko Aoki se levantó de un salto de la cama. Alzó el caliente edredón y lo palpó con las palmas de las manos. Extrajo la manta de debajo del edredón e hizo lo propio. Acto seguido, retiró ambos e inspeccionó el colchón de un extremo a otro.

No había nada en la cama. Junko encendió la luz y se agachó. Cegada por el destello, inspeccionó la habitación con los ojos entrecerrados. ¿Las cortinas? ¿La alfombra? ¿El sofá? ¿El jersey a medio tejer, los periódicos y las revistas que quedaban junto a la cesta de mimbre?

Todo estaba intacto. No había el menor rastro de humo, ni de llamas. Tampoco olía a quemado. Todo estaba en orden.

Se enderezó, salió de la habitación y se encaminó hacia la cocina. El barreño de metal que utilizaba para lavar los platos descansaba en el fregadero. Como de costumbre, lo había llenado de agua hasta el borde antes de irse a dormir. El recipiente desprendía ahora vapor. Posó las manos a ambos lados del barreño y pudo sentir el calor. La temperatura era más o menos la de un baño bien caliente.

Junko dejó escapar un suspiro.

Se vio invadida por una oleada de alivio matizada por la tensión, una combinación de sensaciones nada compatible. Incapaz de templar los nervios, Junko echó un vistazo al reloj. Eran las dos y diez de la madrugada.

«Supongo que he de irme.»

Habían pasado casi diez días desde su última excursión a la fábrica y, aun así, ésta seguía manifestándose una y otra vez en sus sueños... Como si su cuerpo la necesitara.

La necesitaba como espacio en el que poder irradiar, en el que poder desahogarse. El ciclo se aceleraba y había adoptado una velocidad dramática en los últimos seis meses. Los sueños también se repetían. En ellos, se veía a sí misma, descargando espontáneamente la energía, sin poder controlarla. Esta vez, aún estando dormida, había tenido

el reflejo de elegir un lugar en el que aprovechar las propiedades refrigerantes del agua. Pero, no obstante...

¿Estarían haciéndose más fuertes sus poderes? ¿Explicaría eso que provocara tantos incendios involuntariamente? ¿O quizá estaba perdiendo poco a poco el control?

De nada valía hacerse tantas preguntas. Junko negó con la cabeza y se pasó la mano por su rebelde melena. Tardó un rato en cambiarse de ropa. Fuera, el frío era intenso. El viento del norte soplaba con fuerza y hacía vibrar las ventanas. Era una típica noche de diciembre.

Tayama, distrito de Arakawa, Tokio. Tayama *1-chōme*¹ estaba situado a unos veinte minutos en autobús al norte de Takada, la primera estación al salir de Arakawa. Al este, quedaba Tayama *3-chōme*, un antiguo barrio residencial, largo y estrecho, que el flamante proyecto de urbanización de Tayama y su miriada de «¡Apartamentos a la venta!» había desfigurado. Apenas diez años atrás, modestas granjas salpicaban el paisaje de Tayama, pero ya apenas quedaba ninguna. Un variopinto abanico de viviendas había aflorado en su lugar. Al otro lado de un puente, no muy lejos de allí, se encontraba la aldea prefectura de Saitama. Convertida ahora en la prolongación de un descontrol urbanístico que no parecía tener límites.

Las tierras de cultivo empezaron a desaparecer durante el boom económico que tuvo lugar entre los años 1960 y 1965, cuando la población de Tokio abandonó el centro de la ciudad para instalarse en los suburbios. Más tarde, en los ochenta, la ola de expropiaciones que alimentó la voracidad de la burbuja inmobiliaria acabó con las pocas granjas que habían sobrevivido. En toda la circunscripción de Tayama, existía un único terreno al que aún podía llamársele granja. Quedaba a unos cinco minutos a pie del complejo residencial de Junko Aoki. Los jardines Sasaki ocupaban la superficie de un campo de fútbol. La extensión de tierra se dividía en pequeñas parcelas a modo de huertos que alquilaban por periodos de un año. Eran parcelas de unos tres metros cuadrados y, puesto que se arrendaban por el módico precio de

1 Subdivisión de las ciudades japonesas utilizada para localizar una dirección. *Chōme* designa las distintas zonas de un mismo barrio. (*N. de la T.*)

veinte mil yenes al año, los solicitantes excedían en número, y existía una larga lista de espera de «agricultores» potenciales.

Los habitantes más antiguos de Tayama habían montado pequeñas y medianas empresas diversificadas en todo tipo de actividad industrial: imprenta, encuadernación, construcción, navegación, fabricación de moldes para la industria plástica... No obstante, la formación de este tejido comercial fue previa a la fase de crecimiento desenfrenado, cuando Tayama todavía quedaba catalogada como una zona de segunda categoría. El destino de estas empresas también se vio sellado cuando el distrito de Arakawa asumió el papel de «ciudad dormitorio» de la zona metropolitana. Se abortó todo intento por fomentar la industria local, y cerca de la mitad de esas pequeñas fábricas fue o bien cerrada o bien —acorde con la política municipal en materia de urbanismo— deslocalizada hacia polígonos destinados a la industria ligera. Las pocas fábricas y talleres que se salvaron asomaban aquí y allá, cual *personae non gratae*. Y es que cuestiones como la polución y la contaminación acústica generadas por tal actividad alimentaron el rechazo de los habitantes de los alrededores. El futuro que les esperaba a estas empresas no auguraba nada bueno. Y la onda expansiva que traería consigo una hipotética recuperación económica u otro boom inmobiliario remataría los vestigios de la industria local.

Junko Aoki se mudó a Tayama a finales de otoño de 1994. Trabajaba como camarera en una cafetería llamada Jeunesse por ochocientos yenes la hora, poco más del sueldo mínimo. No era muy corriente que una mujer soltera, de su edad —veinticinco años, aún en pleno despegue profesional— eligiera semejante empleo a media jornada. Y sobre todo, teniendo en cuenta que la última experiencia profesional que figuraba en su currículum la situaba en Toho Paper, una de las mayores empresas del sector papelerero. Sus compañeras de trabajo siempre preguntaban: «¿Por qué dejaste un puesto tan bueno? ¿Qué te empujó a trabajar en la hostelería?». Pero Junko se limitaba a sonreír y a guardar silencio. Prefería que sus compañeras descifrasen en su sonrisa la respuesta a sus preguntas, aunque sabía perfectamente que jamás darían con la verdad.

En realidad, solicitó el empleo cuando encontró un apartamento que le gustó. Quería que el trabajo quedase cerca de casa para evitar los

largos desplazamientos diarios en el transporte público. Se convenció, además, de que trabajar de camarera la ayudaría a reducir al mínimo complejas relaciones interpersonales.

Se decantó por la zona septentrional de Tokio puesto que ya había vivido en el este y centro de la ciudad. Deseaba probar un lugar distinto, en el que no hubiese vivido nunca. De modo que se limitó a tomar el tren dirección norte y apearse en cada una de las estaciones para visitar las agencias inmobiliarias que quedaban por los alrededores.

El entorno jugó como factor decisivo a la hora de tomar una decisión. El agente inmobiliario se ofreció a llevarla en su coche para que echase un vistazo al apartamento. Dejaron atrás la avenida central y se adentraron en una estrecha calle de sentido único que desembocaba en un pequeño estanque. Se asomó por la ventanilla y murmuró:

—Un estanque...

—Parece muy sucio, ¿verdad? En verano, es un verdadero caldo de cultivo para mosquitos. Una auténtica lata —apuntó el agente, con una mueca. Probablemente, lo había dicho sin pensar, por lo que se apresuró a añadir—: Pero el lugar que voy a enseñarle queda bastante lejos. Y, desde luego, fumigan todos los veranos, así que no tiene de qué preocuparse.

—No importa —sonrió Junko.

Siempre y cuando hubiera agua cerca, poco le preocupaban los bichos. Había contemplado la idea de instalarse cerca de un río, pero las amplias y acondicionadas orillas de los ríos solían atraer a la gente. Si existía el mínimo riesgo de que alguien la viera, no era una opción inteligente. ¿Qué pasaría si se acercaba al río en mitad de la noche para liberar energía y la sorprendiera una pareja joven que acampaba por allí para ahorrarse el hotel? No podía permitir que sucediese algo así.

—¿El estanque es privado?

—Sí. Por eso el ayuntamiento no puede hacer nada al respecto.

—Entonces, no desaparecerá de ahí en una buena temporada, ¿verdad?

—No creo —repuso el agente que lanzó a Junko una mirada suspicaz.

Y fue así como Junko decidió alquilar el apartamento: no pese a, sino porque el problemático estanque quedaba a tan solo diez minutos a pie. Desempeñó su papel de exutorio desde el día en el que se mudó hasta mediados de junio de ese mismo año. Pero con el verano, tal y como había advertido el agente —no, peor de lo que había advertido el agente— hordas de mosquitos se adueñaron del estanque, y a Junko le resultaba imposible permanecer allí más de cinco minutos. Por lo visto, de la fumigación que iban a llevar a cabo los propietarios, ni rastro. Con lo cual, Junko tuvo que renunciar y deambular por los alrededores de la zona, en busca de otra fuente de agua.

Fue entonces cuando dio con la fábrica abandonada, en los confines de Tayama.

Junko se vistió con un jersey grueso, unos pantalones cómodos y se colocó precipitadamente el abrigo y unas manoplas. Acto seguido, metió una linterna en el bolsillo y salió de casa. Su apartamento quedaba en la segunda planta, en el número 203. Bajó la escalera de incendios con el mayor sigilo posible, desencadenó la bicicleta y se marchó.

Las calles, a excepción de algunas farolas encendidas aquí y allá, quedaban sumidas en la oscuridad. Y completamente desiertas. Las noches en aquella zona residencial transcurrían con calma; los noctámbulos preferían divertirse en cualquier otro lugar. Además, era martes —para ser exactos, miércoles— y, aunque en diciembre había mucho bullicio en la ciudad, la probabilidad de topar con alguien pasada la medianoche era bastante escasa. En las calles de Tayama, se cruzó con dos taxis que iban en dirección contraria. Uno, fuera de servicio; el otro, vacío.

El trayecto hacia la fábrica abandonada era prácticamente recto. A medio camino, se encontraban unos apartamentos en venta. Más adelante, la carretera se dividía en tres carriles, pero lo único que debía hacer para llegar a su destino era seguir la misma dirección por el carril de en medio. Había hecho esa ruta tantas veces desde que empezó el verano, que seguramente pudiera hacerla dormida.

La conocida silueta de la fábrica abandonada no tardó en asomar a lo lejos, en la oscuridad. Se trataba de un edificio de estructura de

acero, con unas paredes de chapa que culminaban en un tejado de hierro galvanizado. Contiguo a él, se alzaba un pequeño edificio de tres plantas que probablemente albergó una vez oficinas. Entre ambas construcciones, se extendía una amplia zona de aparcamiento, quizá destinada a los camiones.

Una valla metálica cercaba ambos edificios, y frente a ésta, obstruía el paso una barrera de hierro. Junko pasó de largo esta entrada, cuyas cadenas y aparatoso candado la hacían infranqueable. Se dirigió hacia la parte trasera de la nave.

Cuando vio por primera vez el lugar, lo rodeó varias veces hasta dar con el modo de colarse dentro. Era demasiado perfecto: grande, desierto, y sin ninguna casa adyacente. Unas estrechas carreteras bordeaban el edificio por sus flancos este y oeste, y al norte se levantaba el decrepito almacén de alguna compañía de transporte. Al sur, no había más que un solar que, según anunciaba un cartel, era propiedad del Gobierno de Tokio. Los residentes, tal vez molestos con la administración municipal que se empeñaba en dejar el terreno sin aprovechar, lo utilizaban como vertedero. Nadie se acercaba con otro propósito que no fuera arrojar basura, y los niños tampoco jugaban por allí.

Reunía todas las condiciones. La única pega: no conseguía entrar.

No podía renunciar a aquel sitio, así que volvió una segunda vez para explorarlo más detenidamente y encontrar una entrada. Resultó ser mucho más fácil de lo esperado. La puerta de hierro que daba al este —lo que más o menos equivalía a la puerta trasera de una casa— y hacia una calle de sentido único estaba, como era de esperar, cerrada a cal y canto, con cadenas y candado. Pero las bisagras estaban sueltas y, al empujar, se abría un espacio de unos cincuenta centímetros. La puerta era tan inestable que resultaba peligroso dejarla en ese estado. Pero ya que nadie pasaba por allí ¿quién se percataría de ello o presentaría una queja? Al otro lado de la carretera, había un edificio de viviendas sociales aunque ninguna de sus ventanas daba a la fábrica. De todos modos, también se erguía una torre de agua entre dicho edificio y la carretera. En cuanto a la calle en sí, una vez pasada la fábrica abandonada y el edificio de viviendas sociales, giraba precipitadamente hacia un callejón sin salida que no conectaba con

nada ni llevaba a ningún lugar.

Junko no era de la zona y no estaba muy familiarizada con la historia de Tayama, pero a juzgar por la decadente valla y el candado oxidado, supuso que la fábrica llevaba cerrada mucho tiempo. No tenía ni idea de por qué razón no había sido derribada, remodelada o vendida. Era de suponer que tenía un serie de problemas asociados: derechos de propiedad, la imposibilidad de conseguir una licencia para ponerla en marcha de nuevo... Sin mencionar la pésima coyuntura económica.

Contando esa noche, ¿cuántas veces había ido hasta allí? Estaba segura de que, al menos, en diez ocasiones. Y aun así, el lugar seguía poniéndole la piel de gallina.

Para evitar atraer la atención de cualquiera, dejó la bicicleta detrás de la fábrica y se acercó a pie hacia la entrada. Junko se coló por la abertura y, en el acto, encendió la linterna para ver hacia dónde se dirigía. Hecho esto, se armó de fuerza para cerrar la puerta y dejarla tal y como la había encontrado.

El olor a lodo y hierro oxidado la envolvió.

Nunca había ido allí de día, por lo que aún no se había hecho una idea muy clara de la disposición del espacio en su conjunto. Aunque al penetrar en la planta por esa entrada trasera, intuyó que a su derecha se encontraban dos máquinas enormes que enlazaba una cinta transportadora. A su izquierda, la pared de la fábrica quedaba cubierta por desmedidas estanterías que acumulaban densas capas de polvo. Martillos, llaves inglesas, y gigantescos tornillos de cabeza cruciforme, de unos treinta centímetros de largo, quedaban esparcidos sobre los estantes. Había una especie de disco, similar a un plato giratorio enorme, acoplado a las máquinas unidas por la cinta transportadora. Quizá lo utilizaban para cortar o pulir el hierro cuando la fábrica aún funcionaba. Para Junko, que no era muy ducha en la materia, no existía modo de averiguar qué podía haberse fabricado allí hacía tanto tiempo. Tenía la vaga impresión de que fuera lo que fuese, dicha producción requirió mucho espacio, y debió de ser una actividad muy pesada y ruidosa. Quizá ferrocarriles o cables de acero.

Junko pasó junto a las máquinas y se encaminó hacia el centro de la fábrica. Sobre el suelo desnudo de la nave se amontonaban piezas

suelas sin estrenar y basura. Le había costado no pocos tropiezos, arañazos en las manos y moratones en las espinillas acostumbrarse a este recorrido de obstáculos. En el transcurso de sus visitas, se había dedicado a despejar un camino, poco a poco, y a apartar las piezas a un lado para facilitar sus desplazamientos. Todavía utilizaba la linterna para guiar sus pasos, aunque apenas la necesitaba ya.

Las dimensiones de la fábrica se equiparaban a las de un gimnasio de colegio. El techo era alto, puede que cubriera la altura de un edificio de tres plantas. Arriba, provistas de un gran número de poleas, iban suspendidas unas pasarelas que recorrían la nave tanto longitudinal como diagonalmente. Una plataforma, de un metro de ancho aproximadamente, atravesaba la fábrica de este a oeste. Junto a la plataforma, descansaba una escalera que permitía llegar hasta ella. Los obreros debieron de subir allá arriba, pero Junko no se había aventurado a hacerlo. No le gustaban las alturas.

El objetivo de Junko aguardaba algo más a la derecha del centro de la fábrica, cerca de la entrada principal. Era un imponente tanque de agua y un depósito de retención. El tanque doblaba más o menos en tamaño a los que cargaban los camiones cisterna que se veían por la ciudad. De nada servía golpearlo para comprobar que quedara agua dentro: no se oía sino el ruido de la palma sobre una superficie dura.

Pero aún había agua en el depósito de retención, que quedaba a la altura del pecho de Junko. Estaba lleno de un líquido oscuro hasta el borde. Cuando la fábrica fue cerrada, alguien debió de olvidar apretar un interruptor o desconectar un enchufe o algo parecido, y el depósito había quedado lleno.

Puede que hubiera tanta agua como en el estanque infestado de mosquitos. Bueno, puede que no. Junko no lo sabía a ciencia cierta. Lo que sí tenía claro era que esa agua expedía un olor a petróleo y era negra como el lodo: justo lo que necesitaba. Incluso si llegaba a perder el control y liberaba toda su energía de golpe, sería difícil secar el depósito del todo. Y si se limitaba a utilizarlo para descargar sus poderes termodinámicos con regularidad y de manera dosificada, a modo de válvula de escape, el agua podría durarle unos diez años. Lo que significaba que siempre y cuando la fábrica siguiera abandonada, Junko no tendría que buscar ningún otro lugar.

Como de costumbre, lo primero que hizo Junko fue apagar la linterna para conjurar la posibilidad entre mil de que alguien la divisara y la interrogara.

Una vez guardó la linterna en el bolsillo, se concentró en el agua negra del depósito. Intentó recordar la sensación de frescor de su sueño. Cuando lo logró, el persistente recuerdo de la energía liberada durante su descanso actuó como detonante para movilizar la energía de una Junko bien despierta. De inmediato, la fuerza empezó a radiar de su interior, poco a poco, lista para la descarga.

De haber ocurrido un minuto más tarde, Junko se habría visto presa de la euforia que seguía la liberación de energía y, probablemente, no se hubiera inmutado. Pero justo cuando cerró los ojos y estaba a punto de dar rienda suelta a ese flujo de energía, oyó un sonido. El sonido de algo pesado, arrastrado por alguien.

Al ruido lo siguió una voz.

Junko abrió los ojos de golpe. La erupción de energía era inminente. Solo tenía que volverse hacia el agua negra y dejarla manar. Pero aguantó la respiración con el fin de contener la energía antes de que fuera demasiado tarde. En ese preciso instante, oyó otra voz.

—Por aquí. Date prisa.

Una voz de hombre destacaba entre el confuso alboroto provocado por todo un grupo.

Alguien se acercaba.

Otros libros de la autora:



La Sombra del *KASHA*

Cuando una hermosa joven se desvanece en Tokio, el prometido de esta pide ayuda a su tío, inspector de policía, con la esperanza de que lo ayude a encontrarla.

El detective no tarda en averiguar que la joven no es quien dice ser y oculta un oscuro pasado.

Su búsqueda lo llevará a recorrer las ciudades más importantes de Japón y sumergirse de lleno en el peligroso submundo financiero donde las deudas astronómicas y la

Yakuza empujan a las personas al borde de la desesperación, a cometer actos al margen de la ley, e incluso al suicidio.

En este escenario, gastos desmesurados, bancarrotas personales, identidades robadas y prestamistas sin escrúpulos conforman una mezcla letal.

Con esta novela de suspense, Miyuki Miyabe se convirtió en una de las autoras más leídas de su país, ganando además el prestigioso premio Shugoro Yamamoto, y obteniendo el galardón de Mejor Novela de Misterio y el de Libro del Año en Japón.

De próxima aparición

El Susurro del Diablo
Juego de Rol. RPG